

NOTA DE PROSPECTIVA Nº 47/2017

DE: IGNACIO ÁLVAREZ-OSSORIO. Coordinador de Oriente Medio y Magreb del OPEX y profesor de Estudios Árabes e Islámicos de la Universidad de Alicante.

ASUNTO: EL YEMEN POST-SALEH

Panel: Magreb Oriente-Medio

<http://www.fundacionalternativas.org/observatorio-de-politica-externa-opex/documentos/notas-prospectivas>



Con la colaboración:



Opex. Director: Vicente Palacio
ISSN: 2341-1082
Maquetación: Vera López López

La crisis yemení todavía no ha tocado fondo. Así lo evidencia el asesinato del expresidente Abdullah Saleh, verdadero hombre fuerte del país que ejerció como presidente entre 1978 y 2012. El vacío político que ha dejado será difícil de llenar, sobre todo si tenemos en cuenta las horas críticas que atraviesa Yemen, el país más pobre del mundo árabe, atravesado por múltiples fracturas de compleja solución, entre ellas el colapso estatal, las tensiones tribales, las demandas federalistas, la intervención foránea, el poderío yihadista, los movimientos separatistas y la corrupción sistémica.

El 4 de diciembre de 2017 el Yemen se vio sacudido por un hecho inesperado: la muerte de Abdullah Saleh. Unos días antes, el dirigente yemení había anunciado su voluntad de romper su alianza con las milicias chiíes de Ansar Allah, más conocidas como los Huthies (en referencia al nombre de quien fue su máximo dirigente: Husein Badr Eddin al-Huzi, asesinado en 2004 tras protagonizar un levantamiento contra el gobierno central). Este giro de 180° fue acompañado por una aproximación a Arabia Saudí y Emiratos Árabes Unidos. De hecho, el expresidente maniobraba en la sombra para que su hijo Ahmed Ali Saleh desplazase del poder al presidente Abd Rabboh Mansur Hadi, elegido en 2012 pero refugiado en Arabia Saudí desde 2015.

Durante tres décadas y media, Abdullah Saleh dirigió los destinos de Yemen con mano de hierro. Saleh instauró un régimen presidencialista, autoritario, clientelista y cleptómano que recortó las libertades, recompensó a sus fieles, persiguió a los disidentes y, sobre todo, profundizó la pobreza. Diversas fuentes calculan la fortuna del expresidente y su entorno familiar en 60.000 millones de dólares. Saleh controló las Fuerzas Armadas, de las que provenía, y también al oficialista Congreso General del Pueblo, que monopolizó la vida política. Asimismo, reforzó las dinámicas neopatrimoniales situando a los miembros de su tribu –los Sanhan– en los principales centros de poder políticos y militares, razón por la cual siguió controlando al Ejército una vez destituido. El estallido de la Primavera Árabe desencadenó fuertes movilizaciones, en las que además de la sociedad civil y los grupos islamistas participó de manera activa

el movimiento Huthi. El desenlace fue la salida de Saleh de la presidencia tras asegurarse la inmunidad en un acuerdo forjado por el Consejo de Cooperación del Golfo.

Un pacto contra natura

La violenta desaparición de Saleh pone fin al matrimonio de conveniencia que había establecido en mayo de 2015 con los Huthies con la intención de debilitar al presidente Hadi y deshacerse de algunos de sus rivales más correosos, como el general Ali Mohsen Saleh, otrora su mano derecha y ahora vicepresidente del país. La alianza entre el expresidente y los Huthies no dejaba de ser un pacto contra natura, puesto que en la pasada década Saleh combatió con firmeza el levantamiento zaidí en el norte del país. Además, debe tenerse en cuenta que los Huthies fueron uno de los actores que se manifestaron a favor de la caída de Saleh tras el estallido de la Primavera Árabe y decidieron sumarse a las movilizaciones populares en Sanaa, donde consiguieron ampliar su base social gracias a su campaña contra el autoritarismo y la corrupción.

Los Huthies ha aprovechado el vacío de poder en Yemen para erigirse en representantes de los intereses de la minoría zaidí, una corriente heterodoxa del chiísmo que profesa un 35% de la población yemení. Su principal reivindicación es que se ponga fin a la discriminación que padecen y se establezca un Estado federal en el que sus regiones gocen de una amplia autonomía. Estas demandas federalistas representan una clara amenaza para los países del golfo Pérsico que cuentan con poblaciones chiíes, empezando por la propia Arabia Saudí y siguiendo por Emiratos, Kuwait y Bahréin, ya que podrían ser asumidas como propias por sus respectivas minorías.

Ante la debilidad del poder central, las milicias Huthies iniciaron una fulgurante expansión territorial que les llevó a extender su autoridad desde su feudo norteño de Saada hasta la propia capital, todo ello con el indispensable apoyo ofrecido por Saleh y su Guardia Republicana. Las alarmas saltaron cuando en septiembre de 2014, los Huthies se hicieron con el control de Sanaa, lo que precipitó la huida del presidente Abd Rabboh

Mansur Hadi en enero de 2015, que desde que fuera elegido presidente había sido capaz de asentar su autoridad sobre el conjunto del territorio y hacía frente a una creciente contestación interna. En marzo de 2015, los Huthies llegaron hasta la costera ciudad de Adén, situada en el estratégico estrecho de Bab al-Mandeb, la puerta de acceso al mar Rojo y al canal de Suez, por donde pasa el 15% del comercio mundial.

La consolidación del poder de los Huthies más allá de sus áreas de influencia tradicionales provocó la operación Tormenta Decisiva capitaneada por Arabia Saudí y Emiratos Árabes Unidos, que pretendía restaurar al presidente Hadi y derrotar a los Huthies, a los que acusan de gravitar en la órbita de Irán. Desde entonces, el país se encuentra inmerso en una violenta guerra civil que también tiene una dimensión regional, ya que es parte de la *proxi war* que enfrenta a Arabia Saudí e Irán por la hegemonía regional.

Lo que parecía ser una campaña de corta duración ya ha entrado en su tercer año sin que se tenga clara cuál puede ser la salida del laberinto yemení. A pesar de su supremacía aérea, la falta de fuerzas terrestres ha ralentizado la ofensiva de la coalición árabe contra los Huthies. Además, son manifiestas las divergencias entre Arabia Saudí y Emiratos Árabes Unidos, que se han intensificado a medida que los reveses militares se sucedían. Mientras el primer país mantiene su respaldo al impopular presidente Hadi, el segundo considera que se trata de un dirigente poco carismático y con escaso prestigio incapaz de revertir la situación sobre el terreno. Por otra parte, Riad ha secundado a al-Islah (la rama yemení de los Hermanos Musulmanes), mientras que Abu Dabi ha respaldado al movimiento separatista sureño al-Hirak. Los Huthies, por su parte, han denunciado que ambos países están financiando generosamente la rama yemení de Al-Qaeda.

El agravamiento de la crisis humanitaria

Lejos de solucionar los graves problemas que padece Yemen, la operación Tormenta Decisiva los ha agudizado. Christos Stylianides, comisario de Ayuda Humanitaria y Gestión

de Crisis de la Unión Europea, ha advertido recientemente que “Yemen está sufriendo la peor crisis humanitaria mundial con más de dos terceras partes de su población que necesitan asistencia humanitaria”. En total, 17 de los 25 millones de yemeníes se encuentran en situación de emergencia alimentaria. La guerra civil y los bombardeos de la coalición han agravado la situación de Yemen, que tiene el triste récord de ser el país árabe con menor esperanza de vida. Por el momento, el conflicto ha provocado la muerte de 10.000 personas y ha provocado un rebrote de enfermedades ya extinguidas como el cólera.

La crisis humanitaria se ha intensificado como consecuencia del bloqueo aéreo, terrestre y marítimo que Arabia Saudí y Emiratos impusieron sobre el país después de que un misil yemení alcanzara la capital saudí el pasado 4 de noviembre. Mark Lowcock, director de la Oficina de Naciones Unidas para la Coordinación de Asuntos Humanitarios (OCHA), ha advertido de que “Yemen afrontará la mayor hambruna que el mundo haya visto durante décadas con millones de víctimas” en el caso de que no se levante el bloqueo y se reabran de manera inmediata los puertos de Adén y Hudaida para distribuir ayuda de emergencia.

Ante el riesgo de que la situación continúe deteriorándose, el presidente estadounidense Donald Trump, que ha secundado activamente la ofensiva saudí-emiratí, decidió pedir a sus aliados que “permitieran el acceso de alimentos, combustible, agua y medicinas, que el pueblo yemení necesita de manera desesperada”. Un comunicado de su Departamento de Estado señaló a su vez que “EEUU está gravemente preocupado por la reciente escalada de violencia y el continuo deterioro de las condiciones humanitarias en Yemen” y demandó a “la coalición liderada por Arabia Saudí que permita la distribución de ayuda humanitaria y productos comerciales básicos, incluido el petróleo, a través de los puertos yemeníes y que restaure los vuelos comerciales a través del aeropuerto de Sanaa”. Debe recordarse en este sentido que la Administración de Trump es la principal vendedora de armas a Arabia Saudí y Emiratos, que después las emplean profusamente en su ofensiva sobre Yemen.

¿Hacia dónde va Yemen?

La desaparición de Saleh priva a Yemen de un gobernante maquiavélico acostumbrado a manipular en su propio beneficio las tensiones confesionales, tribales e ideológicas existentes en el país. En el corto plazo, la ruptura de la alianza entre Saleh y los Huthies puede tener un elevado coste para estos últimos si son incapaces de renovar su alianza con algunas importantes tribus sunníes de Sanaa. Consciente de esta situación, el presidente Hadi ha reclamado a los habitantes de la ciudad que se levanten en armas: "Hagamos un frente unido para poner fin al control de estas bandas criminales y construir un nuevo Yemen unido".

Es altamente probable que las hostilidades se intensifiquen en las próximas semanas, sobre todo si tenemos en cuenta que Arabia Saudí intentará por todos los medios superar este nuevo revés que ha sufrido y que Ahmed Ali Saleh, hijo del expresidente y antiguo comandante de la Guardia Republicana, ya ha jurado vengar la sangre de su padre. En unas declaraciones al canal saudí al-Ekhbariya TV, Ahmed Ali señaló: "Dirigiré la batalla hasta que el último Huzi sea expulsado de Yemen... La sangre de mi padre resonará en los oídos de Irán".

Estas declaraciones parecen mostrar que Ahmed Ali se posiciona claramente en el campo saudí-emiratí. No en vano fue durante tres años embajador yemení en los Emiratos y actualmente reside en Abu Dabi. Su carisma y sus conexiones tribales podrían, además, acelerar la caída del presidente Hadi, cuestionado por su falta de apoyos. Un primer paso para asentar la autoridad de Ahmed Ali Saleh sería permitirle abandonar los Emiratos y ponerse al frente del Congreso General del Pueblo, opción defendida por Mohammed bin Zayed, príncipe heredero de los Emiratos que goza de un gran ascendente sobre su homólogo saudí Mohammed bin Salman. Ambos estarían interesados en acelerar la guerra para poner fin a la sangría económica que conlleva para sus arcas.

En todo caso, la pacificación de Yemen requerirá no sólo el empleo de las armas sino también de la diplomacia. A estas alturas parece evidente que ninguna de las partes dispone del

suficiente peso para imponerse sobre las otras. Es más, las fuerzas centrífugas parecen imponerse sobre las fuerzas centrípetas, ya que unos y otros han apostado por la política del "enemigo de mi enemigo es mi amigo", intensificando la desconfianza entre los contendientes. La estabilidad del país no sólo está amenazada por los Huthies, sino también por otras fuerzas políticas y tribales que han aprovechado el vacío de poder para expandir su autoridad, entre ellos el islamista Islah, el yihadista al-Qaeda, el secesionista al-Hirak o la poderosa confederación tribal de los Hashid. Un acuerdo de paz requerirá que un acuerdo de mínimos entre buena parte de estos actores, un acuerdo que les permita salvaguardar sus intereses y poner fin a la devastadora guerra.

Las Notas de Prospectiva son análisis breves que alertan sobre cambios sociales, políticos o económicos, que están teniendo lugar bajo la superficie de los acontecimientos; cambios susceptibles de afectar a la acción exterior de España y/o la Unión Europea.

